**Trabajo Práctico N° 3**

**DOCENTES: Franquelli Laura-Díaz Santiago**

**Cursos: 5° A y B**

**Materia: Geografía**

**Actividad:**

Leer el siguiente artículo sobre neoliberalismo y responder:

1. ¿Cómo nace el neoliberalismo?
2. ¿Cuáles eran las raíces de las crisis económicas según Hayek?
3. ¿Cuál es la receta de los neoliberales para superar la crisis?
4. ¿Cuáles fueron los alcances y los límites del programa neoliberal?

Mails de entrega:

5° B: santigabrieldiaz@gmail.com

 5° A : franquellilaura@yahoo.com.ar

|  |
| --- |
| Perry, Anderson. **Neoliberalismo: un balance provisorio.** *En libro: La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social.*  Emir Sader (comp.)y Pablo Gentili (comp.). 2ª. Ed.. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, Argentina. 2003. p. 192. ISBN 950-23-0995-2Disponible en la World Wide Web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/trama/anderson.rtf>  |
|  |
| www.clacso.org | **RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE, DE LA RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO**http://www.clacso.org.ar/bibliotecabiblioteca@clacso.edu.ar |

**Capítulo I.**

**Neoliberalismo: un balance provisorio**

**Perry Anderson**

Comencemos con los orígenes de lo que se puede definir como neoliberalismo en tanto fenómeno distinto del mero liberalismo clásico, del siglo pasado. El neoliberalismo nació después de la Segunda Guerra Mundial, en una región de Europa y de América del Norte donde imperaba el capitalismo. Fue una reacción teórica y política vehemente contra el Estado intervencionista y de Bienestar. Su texto de origen es Camino de Servidumbre, de Friedrich Hayek, escrito en 1944. Se trata de un ataque apasionado contra cualquier limitación de los mecanismos del mercado por parte del Estado, denunciada como una amenaza letal a la libertad, no solamente económica sino también política. El blanco inmediato de Hayek, en aquel momento, era el Partido Laborista inglés, en las vísperas de la elección general de 1945 en Inglaterra, que este partido finalmente ganaría. El mensaje de Hayek era drástico: “A pesar de sus buenas intenciones, la socialdemocracia moderada inglesa conduce al mismo desastre que el nazismo alemán: a una servidumbre moderna”. Tres años después, en 1947, cuando las bases del Estado de Bienestar en la Europa de posguerra efectivamente se constituían, no sólo en Inglaterra sino también en otros países, Hayek convocó a quienes compartían su orientación ideológica a una reunión en la pequeña estación de Mont Pélerin, en Suiza. Entre los célebres participantes estaban no solamente adversarios firmes del Estado de Bienestar europeo, sino también enemigos férreos del New Deal norteamericano.
En la selecta asistencia se encontraban, entre otros, Milton Friedman, Karl Popper, Lionel Robbins, Ludwig Von Mises, Walter Eukpen, Walter Lippman, Michael Polanyi y Salvador de Madariaga. Allí se fundó la Sociedad de Mont Pélerin, una suerte de franco masonería neoliberal, altamente dedicada y organizada, con reuniones internacionales cada dos años. Su propósito era combatir el keynesianismo y el solidarismo reinantes, y preparar las bases de otro tipo de capitalismo, duro y libre de reglas, para el futuro. Las condiciones para este trabajo no eran del todo favorables, una vez que el capitalismo avanzado estaba entrando en una larga fase de auge sin precedentes su edad de oro , presentando el crecimiento más rápido de su historia durante las décadas de los ‘50 y ‘60. Por esta razón, no parecían muy verosímiles las advertencias neoliberales de los peligros que representaba cualquier regulación del mercado por parte del Estado. La polémica contra la regulación social, entre tanto, tuvo una repercusión mayor. Hayek y sus compañeros argumentaban que el nuevo “igualitarismo” de este período (ciertamente relativo), promovido por el Estado de Bienestar, destruía la libertad de los ciudadanos y la vitalidad de la competencia, de la cual dependía la prosperidad de todos. Desafiando el consenso oficial de la época ellos argumentaban que la desigualdad era un valor positivo en realidad imprescindible en sí mismo , que mucho precisaban las sociedades occidentales. Este mensaje permaneció en teoría por más o menos veinte años.
Con la llegada de la gran crisis del modelo económico de posguerra, en 1973 cuando todo el mundo capitalista avanzado cayó en una larga y profunda recesión, combinando, por primera vez, bajas tasas de crecimiento con altas tasas de inflación todo cambió. A partir de ahí las ideas neoliberales pasaron a ganar terreno. Las raíces de la crisis, afirmaban Hayek y sus compañeros, estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado aumentase cada vez más los gastos sociales.
Esos dos procesos destruyeron los niveles necesarios de beneficio de las empresas y desencadenaron procesos inflacionarios que no podían dejar de terminar en una crisis generalizada de las economías de mercado. El remedio, entonces, era claro: mantener un Estado fuerte en su capacidad de quebrar el poder de los sindicatos y en el control del dinero, pero limitado en lo referido a los gastos sociales y a las intervenciones económicas. La estabilidad monetaria debería ser la meta suprema de cualquier gobierno. Para eso era necesaria una disciplina presupuestaria, con la contención de gasto social y la restauración de una tasa “natural de desempleo”, o sea, la creación de un ejército industrial de reserva para quebrar a los sindicatos. Además, eran imprescindibles reformas fiscales para incentivar a los agentes económicos. En otras palabras, esto significaba reducciones de impuestos sobre las ganancias más altas y sobre las rentas. De esta forma, una nueva y saludable desigualdad volvería a dinamizar las economías avanzadas, entonces afectadas por la estagflación, resultado directo de los legados combinados de Keynes y Beveridge, o sea, la intervención anticíclica y la redistribución social, las cuales habían deformado tan desastrosamente el curso normal de la acumulación y el libre mercado. El crecimiento retornaría cuando la estabilidad monetaria y los incentivos esenciales hubiesen sido restituidos.

La ofensiva neoliberal en el poder
La hegemonía de este programa no se realizó de la noche a la mañana. Llevó más o menos una década, los años ‘70, cuando la mayoría de los gobiernos de la OECD (Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica) trataba de aplicar remedios keynesianos a las crisis económicas. Pero al final de la década, en 1979, surgió la oportunidad. En Inglaterra fue elegido el gobierno Thatcher, el primer régimen de un país capitalista avanzado públicamente empeñado en poner en práctica un programa neoliberal. Un año después, en 1980, Reagan llegó a la presidencia de los Estados Unidos. En 1982, Kohl derrotó al régimen social liberal de Helmut Schmidt en Alemania. En 1983, en Dinamarca, Estado modelo del Bienestar escandinavo, cayó bajo el control de una coalición clara de derecha el gobierno de Schluter. Enseguida, casi todos los países del norte de Europa Occidental, con excepción de Suecia y de Austria, también viraron hacia la derecha. A partir de ahí, la ola de derechización de esos años fue ganando sustento político, más allá del que le garantizaba la crisis económica del período. En 1978, la segunda Guerra Fría se agravó con la intervención soviética en Afganistán y la decisión norteamericana de incrementar una nueva generación de cohetes nucleares en Europa Occidental. El ideario del neoliberalismo había incluido siempre, como un componente central, el anticomunismo más intransigente de todas las corrientes capitalistas de posguerra. El nuevo combate contra el imperio del mal la servidumbre humana más completa a los ojos de Hayek- inevitablemente fortaleció el poder de atracción del neoliberalismo político, consolidando el predominio de una nueva derecha en Europa y en América del Norte. Los años ‘80 vieron el triunfo más o menos incontrastado de la ideología neoliberal en esta región del capitalismo avanzado.
Ahora bien, ¿qué hicieron, en la práctica, los gobiernos neoliberales del período? El modelo inglés fue, al mismo tiempo, la experiencia pionera y más acabada de estos regímenes. Durante sus gobiernos sucesivos, Margaret Thatcher contrajo la emisión monetaria, elevó las tasas de interés, bajó drásticamente los impuestos sobre los ingresos altos, abolió los controles sobre los flujos financieros, creó niveles de desempleo masivos, aplastó huelgas, impuso una nueva legislación anti sindical y cortó los gastos sociales. Finalmente y ésta fue una medida sorprendentemente tardía , se lanzó a un amplio programa de privatizaciones, comenzando con la vivienda pública y pasando enseguida a industrias básicas como el acero, la electricidad, el petróleo, el gas y el agua. Este paquete de medidas fue el más sistemático y ambicioso de todas las experiencias neoliberales en los países del capitalismo avanzado.

Alcances y límites del programa neoliberal
Lo que demostraron estas experiencias fue la impresionante hegemonía alcanzada por el neoliberalismo en materia ideológica. Si bien en un comienzo sólo los gobiernos de derecha se atrevieron a poner en práctica políticas neoliberales, poco tiempo después siguieron este rumbo inclusive aquellos gobiernos que se autoproclamaban a la izquierda del mapa político. En los países del capitalismo avanzado, el neoliberalismo había tenido su origen a partir de una crítica implacable a los regimenes socialdemócratas. Sin embargo, y con excepción de Suecia y Austria, hacia fines de los años ‘80, la propia socialdemocracia europea fue incorporando a su programa las ideas e iniciativas que defendían e impulsaban los gobiernos neoliberales. Paradojalmente, eran ahora los socialdemócratas quienes se mostraban decididos a llevar a la práctica las propuestas más audaces formuladas por el neoliberalismo. Fuera del continente europeo sólo Japón se mostró reacio a aceptar este recetario. Más allá de esto, en casi todos los países de la OECD, las ideas de la Sociedad de Mont Pèlerin habían triunfado plenamente. ¿Qué evaluación efectiva podemos realizar de la hegemonía neoliberal en el mundo capitalista avanzado, durante los años ‘80? ¿Cumplió o no sus promesas? Veamos un panorama de conjunto.
La prioridad más inmediata del neoliberalismo fue detener la inflación de los años ‘70. En este aspecto, su éxito ha sido innegable. En el conjunto de los países de la OECD, la tasa de inflación cayó de 8,8% a 5,2% entre los años ‘70 y ‘80 y la tendencia a la baja continuó en los años ‘90. La deflación, a su vez, debía ser la condición para la recuperación de las ganancias. También en este sentido el neoliberalismo obtuvo éxitos reales. Si en los años ‘70 la tasa de ganancia en la industria de los países de la OECD cayó cerca de 4,2%, en los años ‘80 aumentó 4,7%. Esa recuperación fue aún más impresionante considerando a Europa Occidental como un todo: de 5,4 puntos negativos pasó a 5,3 puntos positivos. La razón principal de esta transformación fue sin duda la derrota del movimiento sindical, expresada en la caída dramática del número de huelgas durante los años ‘80 y en la notable contención de los salarios. Esta nueva postura sindical, mucho más moderada, tuvo su origen, en gran medida, en un tercer éxito del neoliberalismo: el crecimiento de las tasas de desempleo, concebido como un mecanismo natural y necesario de cualquier economía de mercado eficiente. La tasa media de desempleo en los países de la OECD, que había sido de alrededor de 4% en los años ‘70, llegó a duplicarse en la década del ‘80. También fue éste un resultado satisfactorio. Finalmente, el grado de desigualdad otro objetivo sumamente importante para el neoliberalismo- aumentó significativamente en el conjunto de los países de la OECD: la tributación de los salarios más altos cayó un 20% a mediados de los años ‘80 y los valores de la bolsa aumentaron cuatro veces más rápidamente que los salarios.
En todos estos aspectos (deflación, ganancias, desempleo y salarios) podemos decir que el programa neoliberal se mostró realista y obtuvo éxito. Pero, a final de cuentas, todas estas medidas habían sido concebidas como medios para alcanzar un fin histórico: la reanimación del capitalismo avanzado mundial, restaurando altas tasas de crecimiento estables, como existían antes de la crisis de los años ‘70. En este aspecto, sin embargo, el cuadro se mostró sumamente decepcionante. Entre los años ‘70 y ‘80 no hubo ningún cambio significativo en la tasa media de crecimiento, muy baja en los países de la OECD. De los ritmos presentados durante la larga onda expansiva, en los años ‘50 y ‘60, sólo quedaba un recuerdo lejano.
¿Cuál es la razón de este resultado paradojal? Sin ninguna duda, el hecho de que a pesar de todas las nuevas condiciones institucionales creadas en favor del capital la tasa de acumulación, o sea, la efectiva inversión en el parque de equipamientos productivos, apenas creció en los años ‘80, y cayó en relación a sus niveles ya medios de los años ‘70. En el conjunto de los países del capitalismo avanzado, las cifras son de un incremento anual de 5,5% en los años ‘60, 3,6% en los ‘70, y sólo 2,9% en los ‘80. Una curva absolutamente descendente.
Cabe preguntarse aún por qué la recuperación de las ganancias no condujo a una recuperación de la inversión.
Esencialmente, porque la desregulación financiera, que fue un elemento de suma importancia en el programa neoliberal, creó condiciones mucho más propicias para la inversión especulativa que la productiva.
Los años ‘80 asistieron a una verdadera explosión de los mercados cambiarios internacionales, cuyas transacciones puramente monetarias terminaron por reducir de forma sustancial el comercio mundial de mercancías reales. El peso de las operaciones de carácter parasitario tuvo un incremento vertiginoso en estos años.
Por otro lado, y éste fue el fracaso del neoliberalismo, el peso del Estado de Bienestar no disminuyó mucho, a pesar de todas las medidas tomadas para contener los gastos sociales. Aunque el crecimiento de la proporción del PNB consumido por el Estado ha sido notablemente desacelerado, la proporción absoluta no cayó, sino que aumentó, durante los años ‘80, de más o menos 46% a 48% del PNB medio de los países de la OECD. Dos razones básicas explican esta paradoja: el aumento de los gastos sociales con el desempleo, lo cual significó enormes erogaciones para los estados, y el aumento demográfico de los jubilados, lo cual condujo a gastar otros tantos millones en pensiones.
Por fin, irónicamente, cuando el capitalismo avanzado entró de nuevo en una profunda recesión, en 1991, la deuda pública de casi todos los países occidentales comenzó a reasumir dimensiones alarmantes, inclusive en Inglaterra y en los Estados Unidos, en tanto que el endeudamiento privado de las familias y de las empresas llegaba a niveles sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial. Actualmente, con la recesión de los primeros años de la década de los ‘90, todos los índices económicos se tornaron mucho más sombríos en los países de la OECD, donde hoy la desocupación alcanza a 38 millones de personas, aproximadamente dos veces la población de Escandinavia.